

“El amor que no osa decir su nombre...La invisibilidad de las lesbianas” Beatriz Gimeno

*A distancia*. Revista de la UNED. Vol. 21 N°3 Octubre 2003

En los últimos años es evidente que, más allá de las conquistas políticas concretas, se ha alcanzado un cierto consenso social en las sociedades occidentales acerca de la reivindicación gay-lesbiana a la igualdad de derechos. Este consenso social se ha conseguido gracias sobre todo a la visibilidad de las personas que llamaré desde ahora, a la manera americana, GLTB (es decir, gays, lesbianas, transexuales y bisxuales). La visibilidad no es una moda ni es tampoco un asunto de exhibicionismo del que a veces se nos acusa. La visibilidad para gays y lesbianas es un asunto político de primer orden, es el punto primero en la agenda de cualquier asociación que luche por los derechos de las personas GLTB. Pero, aceptado lo anterior, es el momento de pararnos a reflexionar dónde han quedado las lesbianas en este asunto de la visibilidad y dónde están las lesbianas cuando decimos población GLTB u homosexual o, simplemente, gay-lesbiana. Porque, aunque parezca una perogrullada, las lesbianas no somos gays. Desde siempre, entre nosotros mismos, hemos manejado la invisibilidad de las lesbianas como si se tratara de un axioma que bastara por sí solo para explicar todas las situaciones en las que una lesbiana podía encontrarse. Se admite que las lesbianas somos en buena medida invisibles, tanto para el mundo heterosexual como para el mundo gay. Tradicionalmente dentro del mundo GLTB se ha mantenido que esta invisibilidad es, o ha sido, una ventaja porque nos ha permitido vivir nuestra vida lésbica con mayor libertad y, sobre todo, con mayor seguridad. El hecho de que el

lesbianismo fuera, y en buena medida aun sea, algo inimaginable para la sociedad ha permitido que éste pudiera vivirse sin la feroz persecución de que los varones con prácticas homosexuales eran objeto. Así las leyes modernas contra la homosexualidad eran por lo general aplicables, y aplicadas, únicamente contra la homosexualidad masculina. Todo el mundo conoce la anécdota de la reina Victoria de Inglaterra negándose a tomar en consideración una ley que prohibiera el lesbianismo, simplemente porque no podía imaginar que tal cosa pudiera siquiera existir. En todas las épocas ha sido bien tolerado que dos mujeres vivan juntas e incluso que demuestren en público su mutuo afecto. Siempre se ha sabido de la existencia de “amigas especiales” o en todo caso de amigas íntimas sin que eso por sí sólo fuera motivo de persecución. Ciertamente vistas así las cosas, podría parecer que ha sido más fácil, que todavía lo es, ser lesbiana que ser gay. Pero esto no es más que una manera un tanto superficial de ver la cuestión. En ninguna situación es más fácil ser mujer que ser hombre y ser lesbiana tiene más que ver con el hecho de ser mujer que con el hecho de ser homosexual y esta es una de las cuestiones que más nos cuesta transmitir a la sociedad y a los mismos gays.

Porque aun admitiendo que ser lesbiana sea una ventaja social respecto de ser gay, enseguida vemos que esta ventaja se convierte en un inconveniente cuando comprobamos que la invisibilidad afecta a todos los aspectos de nuestra vida, y que si nos hace la vida más sencilla en algunos aspectos, también nos invisibiliza a la hora de reivindicar nuestra especificidad como mujeres lesbianas, a la hora de hacer que nuestra voz se escuche, a la hora de hacer visible en la sociedad y en el movimiento GLTB nuestra diferente experiencia vital, nuestra diferente manera de estar en el mundo; de explicar y hacer ver que vivimos una situación social distinta, una situación política distinta, una situación económica diferente, etc. Somos invisibles para todo, incluso para hacer ver nuestras propias

y específicas reivindicaciones. La invisibilidad nos condena al silencio, y la palabra homosexual que se usa tanto para hombres como para mujeres se ha convertido en un falso neutro que denota únicamente la realidad masculina, del mismo modo que la palabra hombre en el sentido de humanidad recoge únicamente la experiencia y la visión masculina del mundo. Nuestra voz ha quedado sepultada. Las consecuencias de esta ocultación son de una gravedad incalculable, no solamente porque se ignora que lesbianas y gays somos diferentes y tenemos diferentes experiencias que contar, sino fundamentalmente porque mediante esta operación se nos oculta también que las estrategias para superar la situación de desigualdad en la que nos encontramos tienen por fuerza que ser distintas.

El título de este artículo es “marginación de las lesbianas”. La palabra marginación se refiere a los tres ámbitos en los que las lesbianas nos movemos y nos situamos socialmente. Al ámbito de la sociedad gay, al ámbito de la sociedad heterosexual y al ámbito de las mujeres, del movimiento feminista. Y en estos tres ámbitos las lesbianas somos invisibles y estamos marginadas. Respecto a los gays, baste decir que las lesbianas tendríamos que empezar a preguntarnos si más allá de una común discriminación legal tenemos algo que en común con los varones homosexuales. Nuestra situación como ciudadanas y ciudadanos que no gozan de los mismos derechos puede ser similar, pero nuestra posición social, económica y cultural como mujeres y hombres es radicalmente distinta, y diferentes son también las subculturas y los espacios que nos hemos ido abriendo y en los que nos movemos cotidianamente. En la actualidad, ha pasado el tiempo en el que la lucha era simplemente por poder existir. En la urgencia de entonces, las lesbianas, como por otra parte siempre han hecho las mujeres en las luchas de los hombres, abandonamos nuestras posiciones en pro de unas posiciones supuestamente comunes. Es prioritario desmontar el tópico de que los

gays están más cerca de las mujeres que los hombres heterosexuales. El tiempo y la experiencia nos han demostrado que esto no sólo es un prejuicio, sino que además ocurre más bien lo contrario. Independientemente de que haya gays que se declaren y se sientan cercanos a las mujeres o a los postulados ideológicos del feminismo, la verdad es que la cultura gay ha derivado hacia una especie de *masculinismo* en el mejor de los casos y de machismo declarado en los casos más extremos pero no poco frecuentes. La cultura gay urbana en la que la mayoría viven inmersos se ha convertido en un lugar inhóspito para las mujeres. La supuesta cercanía entre gays y mujeres es, en realidad, una estrategia homofóbica de la sociedad heterosexual para situar a los varones homosexuales en el lugar más desprestigiado socialmente, el de las mujeres. La realidad es que a veces es más fácil para las mujeres, sean o no lesbianas, encontrar su lugar en la sociedad heterosexual que en la sociedad gay. Los hombres heterosexuales, aunque sea desde la desigualdad histórica, tienen interés en las mujeres (sexual, económico, afectivo, doméstico...) y si en el pasado buscaban la manera de someterlas, en la actualidad tienen que buscar la manera de pactar con ellas. Desde la superioridad jerárquica de su posición de varones van teniendo que pactar con las mujeres algunas cuestiones, y cuanto mayores sean las victorias del feminismo, mayores serán los campos donde los hombres heterosexuales estén obligados a pactar si quieren algo de las mujeres a cambio. Sin embargo, los gays no nos necesitan para nada, no quieren nada de nosotras, ningún pacto, ninguna componenda. He escuchado a varios gays afirmar que un mundo sin mujeres sería un mundo perfecto. Mi experiencia de militancia en un grupo mixto es que la mayoría de los gays, en el mejor de los casos, ni siquiera se percatan de nuestra presencia. Somos nosotras entonces las que tenemos que hacernos ver, y, a partir de aquí ellos van a tolerarnos siempre que no pongamos en duda su posición (ni la nuestra) dentro del discurso ideológico gay. El discurso político de las lesbianas será siempre un

discurso particular, mientras que ellos se continuarán arrogando el estatuto de lo general; sus reivindicaciones serán siempre las propias de todos y todas, mientras que las nuestras son únicamente propias de las mujeres, etc. La cultura gay, más valorada social y políticamente, y desde luego más fuerte económicamente, se ha impuesto sobre una frágil y escasa cultura lesbiana que corre el peligro de convertirse en una mala copia de aquella. Dentro del movimiento y de la sociedad gay, las lesbianas se encuentran con que lo masculino es siempre más valorado y tiene más fuerza que la visión o la experiencia que las lesbianas tratamos de hacer llegar a la sociedad. El movimiento homosexual todavía hace referencia a una forma de vivir la sexualidad, el amor, la pareja, el ocio, la vida en sociedad que son claramente masculinos. Sus puntos de vista, sus maneras de vivir y de relacionarse se han impuesto como comunes a gays y lesbianas, es el falso neutro al que antes hacía alusión.

Por el contrario, nuestro lugar en la sociedad heterosexual está muy claro, es el lugar de las mujeres. No hay un lugar preexistente o asignado para que lo ocupen las lesbianas. Somos mujeres que ocupamos el lugar de las mujeres en cualquier sociedad pero con un plus de discriminación, doblemente marginadas pues. La realidad es que en todas aquellas situaciones en las que las mujeres estén discriminadas, marginadas, condenadas a una existencia precaria por el hecho de nacer mujeres, en todas aquellas situaciones en las que las mujeres sean más vulnerables que los hombres, en todas esas situaciones (casi todas las situaciones imaginables por otra parte), las lesbianas sufrirán un plus añadido de injusticia, marginación o discriminación.

Para empezar, cuando hablamos de lesbianismo estamos refiriéndonos, casi necesariamente, al llamado primer mundo, a las democracias occidentales pues el primer derecho de una lesbiana para poder existir como tal es el derecho a su propio cuerpo y a su propia sexualidad. En un universo en el que el derecho a

la sexualidad de las mujeres y al uso de su propio cuerpo está lejos de estar universalmente admitido (recordemos que en la Conferencia de Beijing el derecho de las mujeres a su propio cuerpo y a su sexualidad no pudo recogerse como un Derecho Humano básico por la oposición de muchos países, entre ellos El Vaticano) es obvio que ser lesbiana es algo fuera del alcance de la mayoría de las mujeres. Los hombres son y han sido en todas las sociedades conocidas dueños de sus cuerpos, incluso para pecar o delinquir con ellos, como podría ser el caso de sociedades fundamentalistas. En esas sociedades, las mujeres no se pertenecen a sí mismas sino a los hombres de sus familias ¿cómo podría ser lesbiana una mujer afgana? Y no hace falta ir a situaciones tan extremas. La sociedad está estructurada de manera tal que las vidas de las mujeres se complican extraordinariamente si no tienen a un hombre al lado. No tener a un hombre es garantía de pobreza en muchos sitios. Incluso aquí, en los países occidentales, no es fácil para las mujeres vivir sin un hombre, y las lesbianas somos mujeres que vivimos sin depender de ningún hombre... Baste recordar hasta qué punto el paro, la precariedad en el empleo, el trabajo temporal, el subempleo, la pobreza... afectan en mucha mayor medida a las mujeres que a los hombres. Si las mujeres somos más vulnerables económicamente hablando, las lesbianas lo somos doblemente. Tenemos muchas posibilidades de encontrarnos en una situación económica difícil, a la que no va a añadirse un sueldo masculino, sino quizá otra situación de paro, otra situación de empleo precario, otra situación de angustia y de inestabilidad laboral, una situación injusta y discriminatoria. Somos más vulnerables también ante el acoso en el trabajo, ante el acoso sexual en general, lo que dificulta la llamada “salida del armario” que nunca es igual para las lesbianas que para los gays. De hecho, el sindicato CCOO hizo un estudio sobre el acoso sexual en el trabajo en el que se demostraba que las lesbianas éramos uno de los grupos más susceptibles de sufrir este tipo de comportamientos. Sufrimos la

homofobia de manera diferente a cómo la sufren los hombres, pues si la presencia de los gays genera agresividad en las personas homofóbicas, la de las lesbianas genera morbo y a partir de que se conozca nuestra orientación sexual el tendero, el quiosquero y el vecino se creerán con derecho a decirnos cualquier cosa, todo con tal de enseñarnos lo que es un hombre de verdad. Las mujeres somos más vulnerables socialmente que los hombres y en general puede decirse que cuánto mayor sea la situación de marginación o vulnerabilidad social que padezcan las mujeres estas situaciones se incrementarán en mucho si dichas mujeres son lesbianas.

Nosotras no somos desde luego esos homosexuales que la prensa refleja últimamente que se gastan su dinero, mucho dinero, en ocio. Nosotras no somos esos DINKS (*Double income no Kids*, “doble sueldo sin hijos) porque, entre otras cosas, muchas de nosotras tenemos hijos. Somos si acaso, muchas veces “Doble Paro y con Hijos”. Tener hijos no sólo añade un factor de vulnerabilidad económica, sino también social. Son muchos los casos que conocemos de lesbianas con hijos de matrimonios anteriores en lucha por la custodia de los mismos. En estos casos, y he conocido de cerca algunos de ellos, la mayoría de estas madres suelen renunciar a cualquier tipo de pensiones alimenticias a cambio de que los padres de los niños renuncien a luchar por su custodia. Las madres en estos casos renuncian incluso a todo lo que les correspondería legalmente, como por ejemplo la vivienda familiar o la parte de ella que era suya porque todavía las madres lesbianas tienen la sensación de que podrían perder la custodia de sus hijos en caso de que les tocara un juez de talante conservador. Por tanto, además de criar a sus hijos en condiciones económicas precarias, tienen que vivir estas madres con la angustia terrible de perderlos. Tenemos hijos no sólo de matrimonios anteriores, sino que en la actualidad las técnicas de fecundación asistida han puesto al alcance de casi cualquier mujer la posibilidad de tener hijos.

La ley de adopción nos permite acceder sin demasiados problemas a la adopción individual, podemos mantener una relación heterosexual sólo para quedar embarazadas, podemos practicar una autoinseminación usando el esperma de un amigo (es tan sencillo como introducirse una jeringuilla con esperma en la vagina) y podemos, por último y mucho más seguro, acudir a una de las decenas de clínicas que en España realizan la reproducción asistida a mujeres “solteras”. Como señalaba el periódico El Mundo en un artículo, las clínicas españolas de fecundación asistida son utilizadas en un 80% por lesbianas, en EE.UU. se habla ya de un *baby boom* lésbico. Porque es también un hecho que las lesbianas deseamos tener hijos en la misma medida que las mujeres heterosexuales. Y los estamos teniendo, y los estamos educando. El hecho de que no exista más que un modelo de familia reconocido legal y socialmente perjudica fundamentalmente a las madres lesbianas y a sus hijos e hijas. Porque cuando los políticos se escudan en el “derecho del menor” para negar la existencia de nuestras familias, ¿de qué menores están hablando? La actual situación deja sin protección legal o social a miles de familias compuestas por madres lesbianas y sus hijos y, lo que es peor, deja a nuestros niños desprotegidos también. Puede darse el caso de que la madre biológica enferme o muera y la ley no reconocerá a su pareja ningún papel respecto a ese hijo. Y no hay necesidad de ponerse tan trágico, la vida cotidiana resulta extraordinariamente dificultada por el hecho de que para la ley esa pareja no exista: ante el colegio, en los hospitales, en cualquier actividad cotidiana del niño: clases de inglés, permisos para excursiones... Por supuesto que hay más que todo eso, hay derechos sucesorios, económicos de todo tipo: herencias, seguros médicos, de accidente...en fin, toda una serie de derechos que los niños de parejas lesbianas no pueden disfrutar en igualdad de condiciones con respecto a los niños de las parejas heterosexuales; eso hace a nuestras familias muy vulnerables de por sí, más vulnerables aun. Pero los políticos, cuando hablan de los niños, jamás

hablan de estos niños ni de nuestras familias. Jamás mencionan los múltiples estudios que demuestran que los niños que crecen en familias lesbianas lo hacen como los demás. Tampoco quieren nunca hablar de las situaciones que provoca la falta de reconocimiento legal en la vida de las madres lesbianas, sometidas en muchas ocasiones a condiciones económicas que son producto de la doble discriminación que padecemos como mujeres y lesbianas y sin poder acceder, en cambio, a ninguno de los beneficios que el estado concede a las familias. Somos familias invisibles, invisibilizadas por la discriminación.

Ante todas estas situaciones, y como mujeres discriminadas que somos, la lucha de las mujeres por su igualdad debería ser el terreno en el que nos sintiéramos más cómodas. El movimiento feminista debiera ser nuestro gran aliado. Pero no lo es. Las mujeres heterosexuales que militan en el feminismo siempre han tenido miedo de que al asumir como propias y de una manera total las reivindicaciones de las lesbianas, se confundiera, de una manera interesada por supuesto, feminismo y lesbianismo. Al fin y al cabo el patriarcado siempre ha tendido a esparcir la sospecha de que todas las feministas son lesbianas, y “liberarse” de esa sospecha ha sido una de las obsesiones de algunas mujeres supuestamente feministas. Betty Friedan, una de las fundadoras del movimiento feminista norteamericano, una personalidad clave en la lucha de las mujeres por su igualdad, afirmó en los años 70 que las lesbianas habían sido enviadas por la CIA para infiltrarse en las filas del feminismo y desacreditar a todas las mujeres. Es el miedo al “contagio del estigma” que gays y lesbianas conocemos tan bien. Muchas feministas no acaban de asumir plenamente que si sexualidad no es maternidad tampoco es heterosexualidad y que tan criticable es una educación sexista como una educación heterosexista, que los derechos humanos incluyen los derechos de las mujeres, desde luego, pero que éstos incluyen los derechos de las lesbianas, que también somos mujeres. Muchas de nosotras hemos trabajado

durante años en el feminismo sólo para darnos cuenta de la dificultad, cuando no imposibilidad, de que las cuestiones que como lesbianas nos afectan y que nos diferencian de las mujeres heterosexuales sean tomadas en cuenta y se les dé la misma importancia que al resto de los asuntos. Por el contrario dichas cuestiones son siempre pospuestas en todas las discusiones; las campañas que se centran en asuntos relacionados con las mujeres heterosexuales se llevan la mayor parte del presupuesto, del tiempo y de la energía; nuestros asuntos se dejan siempre para más adelante o son tratados de manera marginal; nuestra postura, nuestras reivindicaciones son siempre particulares y asumidas y defendidas sólo por las lesbianas, mientras que nosotras, lesbianas, tenemos que asumir y defender asuntos que afectan exclusivamente a las mujeres heterosexuales, y hacerlo como si nos afectaran en la misma medida. Es decir, las lesbianas nos encontramos en el movimiento feminista igual que en el movimiento gay, en un lugar invisible y subalterno.

Las lesbianas somos un grupo discriminado con unas reivindicaciones y necesidades concretas de las que sólo nosotras somos plenamente conscientes. En los últimos años las lesbianas nos hemos organizado dentro del movimiento GLTB pero defendiendo nuestros espacios y nuestra especificidad. Las asociaciones GLTB más importantes son conscientes ahora de que entender que gays y lesbianas somos diferentes es fundamental para poder luchar por una igualdad justa para todos. Y en ello estamos. Aplicamos políticas de acción positiva que favorecen la visibilidad de las lesbianas y facilitan que en estos momentos algunas de las organizaciones GLTB más importantes estén dirigidas por mujeres. Trasladar a la sociedad que cuando se dice “gays y lesbianas” se hace alusión a dos realidades bien diferentes es nuestro reto en los próximos años.